

via, tan lamentable como explotada por los enemigos del socialismo, reavivó los viejos esquemas. Recuerdo que por entonces yo debía ir a Hungría a ver cine y teatro, sin que me decidiera a hacerlo a la vista de la santa indignación con que me habló el único funcionario a quien me atreví a manifestarle mi propósito. A mí, desde luego, me parecía que, siendo comunistas los hombres de la primavera de Praga, no acababan de ligar las argumentaciones tradicionales contra el comunismo con la solidaridad con Dubcek.

Pero dejemos ahora esa cuestión. Lo cierto es que, dos años después de considerarse un crimen el querer ir a Hungría, nuestros nuevos pasaportes nos permiten hacerlo de un modo regular. Y lo mismo sucede al que quiera ir a Polonia o a Rumania, los otros dos países «vulnerables» del mundo socialista.

Dentro de poco, a medida que las nuevas relaciones comerciales y los contactos culturales aumenten —hay ya anunciado, por ejemplo, un ciclo oficial de cine rumano en Madrid—, el ir a esos países dejará de ser una enfermiza avertura. Y las gentes podrán ver, y hasta quizá contar a su vuelta, cómo se vive allí y qué cosas tienen o no tienen que les diferencian de los españoles de los años setenta.

Al margen de cualesquiera otras consideraciones, es consolador pensar que los argumentos que incomunicaban los dos bloques están siendo debilitados. Hasta el día en que no hagan falta los pasaportes en absoluto, esto de que sirvan para ir a más lugares es siempre positivo. Máxime si ello nos permite comparar la realidad con las infernales deformaciones... ■ J. M.

"Contestación" en Madrid

PIANO-PHASE PARA UN ATENTADO

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido-Mi-Do sostenido-Si-Fa sostenido-Re-Do sostenido.

Son las siete de la tarde del lu-

nes 9 de marzo en el salón de actos del Instituto Francés de Madrid. El pianista Carlos Santos está sentado frente al gran cola sin moverse

mientras se escuchan las notas de la partitura *Piano-Phase*, de Steve Reich, en la cinta magnetofónica, junto al piano. Hay un silencio total en el público «selecto» que llena la sala para escuchar, con ese aire minoritario y trascendente de los asiduos filarmónicos («esto no es para todo el mundo»), el concierto organizado por el Grupo ALEA que dirige Luis de Pablo. Tras la pieza de Reich, se anuncian en el programa *Sequenza IV*, de Luciano Berio y el estreno en España de *Movll II*, de Luis de Pablo, concierto para dos pianistas en un solo piano.

Mientras tanto, un grupo de «underground» barceloneses, que han llegado a c o m p a ñ a n d o a Carlos Santos, provistos de cámaras cinematográficas, toman planos del pianista inmóvil. Hacia las ocho menos cuarto, tras quince minutos de incansable repetición del tema de cinco notas, sin variación alguna, Carlos Santos pone las manos en el teclado y repite una vez más:

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido...

Retrasándose y adelantándose respecto de su propia interpretación en la cinta, que sigue tocando, el pianista inicia levisimas variaciones del tema, que, sin embargo, sigue repiqueando, monótono, en los oídos del público.

Son las ocho. La gente empieza a moverse en los asientos. Los cámaras han encendido ahora las luces que enfocan la sala y filman los rostros inquisitivos de los asistentes.

—Vamos a salir en la «tele» —dice una señora.

—A este paso no habrá tiempo para el concierto de Luis de Pablo —murmura un caballero.

El pianista francés, blanco y espiritual, asoma de cuando en cuando la cabeza por la puerta de los camerinos. Ha llegado de París en avión, ex profeso para este concierto, y se está dando cuenta de que no podrá tocar.

Las ocho y media. Carlos Santos lleva una hora en el escenario. La gente se impacienta. Algunos sacan un libro del bolsillo, otros dibujan en el reverso del programa. Frases a media voz: «¿Estará en trance?», «Yo creo que a las nueve terminará», «Pues a mí me parece que está decidido a quedarse hasta que le echen», «Je crains une réaction violente».

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido...

Una señora le dice a su acompañante: «Ofrecécelo a Dios, María».

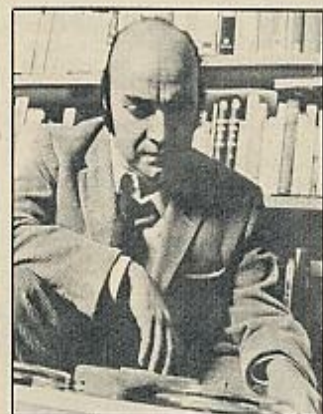
Se levanta en estas un muchacho del público y, colocándose al lado de Carlos Santos, empieza a aporrear las notas del piano. «¡Piscopáta!», grita uno desde atrás. Se desvanece el sentido reverencial de la buena música. La gente se pone en pie, deambula por la sala. Algunos se marchan. No muchos. Quieren ver cómo termina aquello. Frases a voz en grito: «¡Un atentado! ¡Un verdadero atentado!». Cuando una anciana, confusa, abandona la sala, alguien le dice: «¿No le gusta a usted, señora?» (risas). Pequeño diá-

logo de centralistas: «¡Catalán tenía que ser el pianista!». "No es catalán, es de Castellón". "¡Peor!". Isabel Martínez, la secretaria de ALEA, va de un lado a otro de la sala, perdida: «¿Qué sofoco!». Un gamberro: «¿Quién se viene a tomar un vino?».

Las nueve.

Se han levantado dos muchachos para ir a aporrear a su vez el piano a ambos lados de Carlos Santos. «¡Qué vandalismo!», oigo decir. El pianista, es conveniente aclararlo, no improvisa nada. La pieza de Steve Reich es así, una pieza sin fin, aunque estaba previsto que se terminara con tiempo suficiente para que el pianista francés pudiera interpretar la *Sequenza IV* y ambos pianistas el concierto a cuatro manos, estreno en España, de Luis de Pablo.

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido... Por fin, a la hora y tres cuartos, es decir, hacia las nueve y cuarto, se levanta un joven con barbita. Cruza la sala a grandes pasos en dirección al piano y cierra violentamente la tapa. Así termina el concierto. Un coro de contestatarios



grita: «¡Bis, Bis!». Los cámaras «underground» filman la confusión de la sala. Luis de Pablo, descompuesto, en el pasillo de los camerinos, se encara con Carlos Santos, le afea la conducta. El *Movll II* del reputado compositor español se queda sin estrenar. El crítico Fernández Cid murmura: «Intolerable, intolerable». Entran los contestatarios musicales madrileños a felicitar al intérprete terrorista de Castellón. El pianista francés, blanco y espiritual, dice que no se marcha sin tocar la *Sequenza*. Luis de Pablo sale al escenario y pide al público que se quede un rato más. La pieza de música concreta suena a Chopin después de la «contestación» de Carlos Santos, después de la *Piano-Phase* para un atentado, que golpeó los oídos de los asistentes durante casi dos horas en el salón de actos del Instituto Francés de Madrid:

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido... ■ LUIS CARANDELL.



¿UN PODER ROJO?

La palabra "power" se une, en los Estados Unidos, de una manera casi inconsciente, a la palabra "black". El "poder negro" salta cada día a las columnas de la prensa. Después llegaron las fuertes manifestaciones feministas. Era el "Women Power". Y ahora suena otro poder; es el "Rep Power", el poder rojo, que esta vez no hace referencia a los comunistas,

sino a los indios. La ocupación de Alcatraz fue un índice.

Los indios forman hoy una comunidad que cuenta con un millón seiscientos mil miembros. No demasiados, se dirá. Cierto. Pero hay que tener en cuenta su natalidad (factor que, igualmente, influye en el problema negro). El índice de natalidad es dos veces y media superior al de los blancos. Las condiciones sociales en que vive este grupo étnico son lamentables: la esperanza de vida de un indio es de sólo cuarenta y cuatro años, mientras que la de un blanco norteamericano es de setenta y uno. Los niños indios tienen un periodo de escolaridad que es cinco veces menor que el de los negros o los mexicanos, por citar dos grupos que salen muy mal parados en los Estados Unidos. Hay reservas que tienen un ochenta por ciento de parados. El número de suicidios es tres y, en ocasiones, diez veces mayor que entre los blancos. El alcoholismo es una plaga de las reservas; en una de cuatro mil seiscientos adultos, el cuarenta y cuatro por ciento de los hombres y el veintinueve de las mujeres fueron detenidos por lo menos una vez en tres años. El alcoholismo es una consecuencia de la desesperación en que viven...